

Sobre el Padre Lombardi

I. — *Sin afán de polémica*

Sería enteramente ocioso y hasta un atrevimiento injustificable, que me pusiese aquí a tributar alabanzas a una revista que goza del reconocido valor y renombre de «Razón y Fe»; afortunadamente esta publicación de prestigio internacional no necesita de mis alabanzas.

Pero sin pretender tributárselas, ha sido preciso permitir esta salvedad para que se vea que no creo quitarle nada de su prestancia, si ahora en estas páginas voy a criticar algunas cosillas de un artículo que apareció en ella, debido a la pluma del conocido escritor J. M. GRANERO, *Por un mundo nuevo* («Razón y Fe» 147 (1953) 10-23). No dudo que el P. Granero, y la dirección de la revista aceptarán sin molestarse mi crítica, pues saben muy bien que así como ellos usando de todo su derecho han expresado su leal y sincero parecer sobre una producción ajena, admiten todos que también nosotros en ESPIRITU podamos pronunciar nuestra opinión sobre su escrito.

II. — *Nuestra respuesta*

a) Uno de los primeros reparos que opone el autor al P. Lombardi consiste en que éste a veces parece hablar del mundo nuevo que se avecina, como si conociese su proximidad por caminos carismáticos o sobrenaturales, o bien atribuyendo a una intervención superior, imprevisibles reacciones de las muchedumbres que acuden a oírle.

Ante este hecho tiene el P. Granero las siguientes palabras: «Conocida por luz superior o interpretada en la visión de los hechos y en el análisis de la historia, la idea despidе fulgores bastantes como para encandilar los cerebros y henchir de entusiasmo los corazones: que se acerca una edad nueva, *la edad de Jesús*, como se complace en llamarla Lombardi. Sólo a él puede constarle de una manera indudable si se ha dado o no esa

intervención sobrenatural en su persona. Los demás ni podemos saberlo todavía, ni estamos obligados a ceder ante sola su palabra» (pág. 12); «Nótese que no pretendo negar esa hipotética luz superior, que haya desbordado los acontecimientos, para grabar a fuego en la mente de Lombardi convicciones absolutas. Pero, faltos de esa luz, nosotros hemos de enfocar los modestos reflectores de nuestra inteligencia sobre fenómenos y argumentos, con el afán de deducir trabajosamente lo que ellos puedan enseñarnos. A fenómenos y argumentos acude el autor para convencer a sus lectores. El quizá no los necesita. Nosotros, sí. Y habla y escribe para nosotros» (pág. 13).

Mi respuesta a esta crítica del P. Granero es bien sencilla: reconozco desde luego su excelente intención al temer en ciertas expresiones del libro un peligro de iluminismo poco fundado en sí, e incapaz de fundar (sin una previa y segura comprobación) convicciones en otros.

Pero no hay que confundir lo que se dice *ocasionalmente*, y a lo más como una mera *confirmación*, con la razón o demostración que se da cuando *de propósito se quiere demostrar* la tesis del libro.

Casi todos los textos que el P. Granero cita para demostrar su aserto están sacados del *Prólogo* de la obra (1); pero el prólogo no es el cuerpo en que se apoya el núcleo demostrativo de una obra. Cuando el P. Lombardi se pone de propósito a demostrar la tesis de que está fraguando un mundo nuevo, da motivos racionales e históricos (capítulos I a VII), que son muy distintos de apelar a una experiencia mística sobrenatural, personal o colectiva.

Me parece, pues, que tal vez ha sido poco afortunado el Padre Granero al dar su interpretación, y que si hubiese penetrado un poco más en el alma del libro, no habría dado tanta importancia a expresiones que sólo se han escrito de paso, y no en sentido demostrativo. Conozco personalmente al P. Lombardi y me he carteadado largamente con él: esto confirma mi impresión al leer el libro *en su conjunto*: No creo que él, ni su obra, ni su acción tengan carácter de «iluminados».

b) Entrando ya el P. Granero en el examen mismo del hecho anunciado (la proximidad de la «era de Jesús») dice: «claro está que las infinitas miserias de hoy permiten la pre-

(1) Cita (desde la página 11 a la página 13 de su artículo) textos del Padre Lombardi (5ª edición italiana) de las páginas siguientes: dos de la pág. 10; dos de la pág. 11; uno de la pág. 14, 16 y 29. Es decir, todos ellos del prólogo. Sólo cita un texto posterior, de la pág. 621, pero precisamente este texto no se refiere a una experiencia personal y pasada, sino colectiva y futura.

gunta emocionada del orador, pero *no imponen la seguridad de sus afirmaciones categóricas y rotundas*. ¿Es que Dios le ha descubierto sus planes? ¿O son visiones de un cerebro en agitación, encandilado por las multitudes incontables, que le circundan? » (pág. 14).

Nada de esto; será que tal vez el P. Granero no habrá advertido lo que dice el mismo P. Lombardi (precisamente en el sitio en que *de propósito* se pone a calibrar el grado de certeza de sus predicciones). Dice así el P. Lombardi: «Por esto nuestro razonamiento tendrá siempre como resultado sumo el de alcanzar el descubrimiento de una probabilidad, hasta de una probabilidad grandísima, pero nunca una certeza infalible» (2). Parece que un cerebro en agitación o que diese como motivo una revelación carismática, no hablaría así.

c) Criticando ya las pruebas mismas del P. Lombardi, opina el P. Granero que no es tan fácil como parece persuadir a las masas de la falsía de los dos bloques opuestos, liberalismo-comunismo, en vista a que sientan la necesidad de pedir una solución media, que es la cristiana: «A un convencido es fácil persuadirle de cuán insuficiente es (a la corta o a la larga) una y otra solución y de cómo la una conduce a la injusticia social y la otra conduce a la esclavitud absoluta bajo el látigo comunista: Pero hay masas innumerables, en un bloque y en otro, que no se dejarán tan fácilmente convencer [...] Nosotros (y, con nosotros, otros muchos) vemos muy bien cuáles son los pies de barro de esos sistemas. Pero lo que hace ahora al caso es ver cuál es la ideología y el punto de vista de los otros y si estarán siquiera medianamente preparados para emigrar cada cual de sus campos en busca de una solución más sabia, más equitativa y más humana» (pág. 16).

A esto responde sin duda el mismo libro que no habla de los hombres tal como están hoy, enero de 1953; sino tal como se prevé que estarán *al fracasar el comunismo* (ya sea con una guerra, ya sin ella). También había muchas masas fanatizadas por el nazismo y por el fascismo, que no se hubieran dejado convencer fácilmente en 1939; pero en 1945, casi de repente, cambió mucho su situación. Y algo parecido pasó en el Japón, respecto de su actitud religiosa favorable al shinto antes de la guerra, pero favorable a la religión cristiana ahora, después de experimentar lo falso de sus esperanzas. En esta hipótesis habla precisamente el P. Lombardi: que el comunismo es una tiranía violenta; que «*nihil violentum durabile*»; y cuando se resquebraje y fracase ante el mundo, esas masas socialistas ahora

(2) Edición española, capítulo 2, nº 1, página 62; 5ª edición italiana, pág. 54; 6ª edición italiana, pág. 56.

fanatizadas, ni podrán volver al liberalismo carcomido, ni al marxismo derrotado (3).

Francamente, discútase cuanto se quiera este raciocinio, pero por lo menos me parece indudable que es digno de toda atención y respeto, y que dista mucho de «producir la embriaguez de un optimismo equívoco y engañoso» (pág. 18).

d) Otro punto toca el P. Granero en su crítica: «Nada de esto implica que los tales problemas [terrenos] exijan la doctrina de Jesús para ser resueltos. Al menos, no la exijan *a priori* y como por su propia naturaleza» (pág. 17).

De acuerdo; está bastante claro que si la solución de los problemas que plantea la humanidad *como tal* «exigiese» la revelación sobrenatural y sus soluciones, en este caso la gratuidad y por tanto la sobrenaturalidad de la revelación quedarían muy mal parados; y fundadamente hemos de suponer que el P. Lombardi, que es buen teólogo, no habrá caído en el contrasentido de tal interpretación.

Pero cabe otra interpretación: aunque el arreglo de los gravísimos problemas de esta pobre y soberbia humanidad postrenacentista admitiría *de suyo* mil soluciones «naturales» para el orden «natural» de la humanidad en cuanto a lo que es «por su propia naturaleza», no obstante de hecho, al encontrarse los hombres con que no han hallado *de hecho* en este orden ra-

(3) Adviértase que es el mismo Sumo Pontífice quien se ha hecho eco en varias de sus alocuciones, de esta concepción, exhortándonos a que nos preparemos para un mundo nuevo que se avecina. Véanse por ejemplo algunos de sus textos: «Y ahora ha llegado ya el tiempo, amados hijos. Ha llegado ya el tiempo de realizar los pasos definitivos; es el momento de sacudir el funesto letargo; es la hora de que todos los buenos, todos los que se preocupan de los destinos del mundo, se unan y aprieten sus filas; es el momento de repetir con el apóstol: *hora est iam de somno surgere!* Es hora de despertarnos del sueño porque está cerca nuestra salvación. Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos; lo que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios» (De la Exhortación Pontificia a los fieles de Roma del 10 de febrero de 1952; «Ecclesia» 16 febrero de 1952, nº 553, pág. 5); «Nos deseamos gustosos que este potente despertar, al cual hoy os exhortamos, promovido sin tardanza, y continuando tenazmente según el plan trazado, que otros podrán ilustrar más particularmente, sea imitado en seguida por las diócesis vecinas y lejanas, de modo que puedan nuestros ojos contemplar la vuelta a Cristo no sólo de las ciudades, sino también de las naciones, de los continentes, de la humanidad entera» (Ibid.); «Como aceptamos un día, hoy ya lejano, la pesada cruz del pontificado, porque así Dios lo quiso, así ahora Nos sometemos al árduo deber de ser, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, heraldo de un mundo mejor, cual Dios lo quiere»... (Ibid.).

cionalista un conjunto de verdad que es moralmente imposible hallen (4), es obvio que se vuelvan los pueblos occidentales a aquella doctrina revelada que ya abrazaron sus antepasados, que está todavía al alcance de su mano, lanzando destellos de gloria en la Iglesia Católica, y que les ofrece una solución que aun siendo «en su totalidad» gratuitamente revelada, les da sin embargo en algunos pormenores *un perfeccionamiento hasta en cuanto son hombres.*

En resumen, la lectura del artículo del P. Granero parece suscitar la sospecha (tal vez infundada) de que el Padre habrá leído algo por encima y aprisa la obra del P. Lombardi. Y se comprende porque su lectura es penosa, y el primer contacto con su prólogo a algunos les resulta desagradable.

Por muy explicable que resulte todo ello, me parece que en esta ocasión no le ha acompañado la fortuna a un escritor que siempre da tan en lo justo, y en lo vivo de las cuestiones que tan acertadamente trata.

III. — *Nuestra crítica*

Se engañaría quien imaginase después de lo dicho, que no hallo defectos en la obra del P. Lombardi. Todo lo de este mundo lo tiene; y lo del mundo nuevo, ¡los tendrá también!

Uno de los defectos que hallo en el libro del P. Lombardi es un estilo que no es precisamente propio de él, sino por lo que veo es común a bastantes autores italianos: dicen, repiten, se alargan, machacan, añaden, tanto lo que ya se supondría, como lo que se preferiría suponer.

El P. Granero lo expresa así: «*A pesar de las amplificaciones oratorias y de las repeticiones fatigosísimas, las 450 páginas dedicadas a la segunda parte del libro consiguen mantener el interés del lector*» (pág. 20). La misma observación me han hecho bastantes lectores. No digo que en todos los países-haya de ser tenida en cuenta; tal vez en Italia esta prolijidad agrada; pero por lo menos para el gusto español ciertamente ganaría la obra si se redujera su extensión.

Otro defecto que hallo en la obra es su falta de unidad en cuanto al público a que se dirige. Si el público está tan alejado de la religión que necesita (a fin de que no le queden dudas) que se dediquen dos capítulos para demostrar la existencia de Dios y la divinidad de Jesucristo, este público no estará dispuesto para entender a vuelta de hoja, toda la reorganización de la Acción Católica; y si el público es ya tan religioso y está tan dispuesto para ideales de apostolado que puede entender e interesarse por estos complejos problemas de reorganización interna,

(4) Concilio Vaticano, sesión III, cap. 2, Denz. 1786.

entonces para él parece que huelga una breve demostración (que ya conoce de sobra) acerca de la existencia de Dios. Y si el público que se supone es un público indeterminado, general, esto mismo indica que una porción de él se aburrirá en la segunda parte del libro, y otra porción de él no verá por qué le repiten pruebas elementales de la existencia de Dios en la primera parte.

Finalmente creo *algo peligroso* lo que tan fácilmente supone el libro en la segunda parte: destruir lo caduco de nuestra organización actual y edificarlo luego más racionalmente. Si derribamos los tabiques de un caserón viejo, tal vez no sabremos después cómo acomodar la casa dentro de aquellas paredes. Si hay cinco obras de apostolado de parecidas características, ¿por qué gastar fuerzas inútiles y no fundirlas todas en una? —se pregunta el P. Lombardi— derribemos las cinco que hay y fundemos una sola.

Pero tal vez alguien respondería que a veces cinco obras parecidas en una misma ciudad pueden vivir, pero una sola no. Hay diez Profesores en un Colegio: cada uno de ellos tiene su propia pluma estilográfica, que conserva en uso 25 años. ¿Por qué no se ahorra, poniendo en un sitio común 6 plumas (puesto que nunca se dará la coincidencia que se usen las diez al mismo tiempo)? De este modo, centralizando, se ahorrarían 4 plumas. —Bueno, pues hágalo, y verá que al cabo de un año estarán rotas las 6; en vez de ahorrar 4, habrá perdido 6: este será el término del derribo de obras: querer edificar y no poder hacerlo luego: porque los hombres no son máquinas sino hombres, y un plan que es muy racional sobre el papel, es a veces imposible en el orden de la realidad humana.

Me parecería mucho más acertado que el Padre propusiese predicar incansablemente y difundir entre todos, la idea y la persuasión de que dentro del campo católico hemos de sumar nuestras fuerzas, para multiplicarlas, y así acertar con una dirección única y suprema. *Sólo cuando esta persuasión se haya sentido profundamente por la masa, y se haya posesionado de todos*, sólo entonces (y aun con mucho tiento y lentitud) se podrá tantear si de progresivos derribos se sigue una unificación provechosa, o bien al contrario un monopolio esterilizador de energías. Precisamente porque a veces será así, y otras muchas veces no será así, se habrá de proceder con mucho tiento y lentamente.

He hecho estas observaciones a la obra del P. Lombardi para que nadie crea que me vendo los ojos ante ella: lejos de esto estoy dispuesto a discutirla con toda serenidad e imparcialidad.

Pero observo también que críticas parecidas de aspectos secundarios y accidentales, pueden oponerse a casi todas las obras; y sin embargo puede permanecer en pie el valor de lo principal y substancial que contienen.

Y el valor de lo substancial de la obra del P. Lombardi es a mis ojos inmenso, y no bastante reconocido.

Estamos ante un mundo llagado con el escepticismo que ha producido el racionalismo agnóstico de los grupos protestantes en desintegración. A esta llaga le echa vinagre aquel escritor extranjero (cuyo nombre no quiero ahora citar) que teoriza este estado de cosas como si fuera un ideal. Podríamos resumir su mentalidad con palabras más o menos así: «en nuestro mundo moderno, y ya definitivamente para adelante, no será una hipótesis ideal la de un pueblo totalmente católico, y un Estado oficialmente católico; sino una religión católica en perpetua minoría y en catacumbas definitivas; un pueblo dividido en mil creencias; y con ello un Estado indiferente, que sólo asimile los frutos *sociales* de la fe (conllevancia mutua, amor al prójimo, respeto a la libertad y dignidad ajenas, etc.), pero sin relación ni sujeción respecto de la Iglesia jerárquica, la verdadera fundada por Jesucristo». Esta miserable mentalidad se difunde en muchos sitios, desorienta, agarrota los afanes de apostolado más generoso.

Frente a ella se levanta como un gigante un apóstol que de hecho (sean cuales fueren las causas, no me interesa) reúne a su alrededor a millones de hombres, y los lanza hacia un camino cuyo término, si lo siguen, será efectivamente la consecución de un mundo nuevo: «¡En pié! Todos unidos en una cruzada de amor, cuyo único enemigo es el egoísmo propio, y cuyo fruto será ciertamente un mundo nuevo, inmensamente mejor que el que hemos heredado de nuestros padres, porque la doctrina de Jesús, abrazada con la plenitud con que la tiene la Iglesia Católica lleva a este feliz resultado, hasta mirando las cosas humanamente».

Hemos renovado el aire asfixiante de antes; nos ahogábamos dentro de un laicismo liberaloide cobarde, y ahora en cambio recibimos un soplo de aliento, de catolicismo inefablemente vivificador; no de un catolicismo laico, sino viviente en una Iglesia jerárquica públicamente reconocida y amada. ¿No es magnífico todo ello, e insigne el orador que intenta presentar de un modo orgánico este ideal ante el mundo? ¡Cuánto más insigne será añadirle tantas y tantas intuiciones acertadísimas, como son las que expone el P. Lombardi en su obra!

A mi ver esta obra es de aquéllas que merecen «hacer época». Será una piedra miliar en la vía de regeneración de la humanidad doliente, y una piedra angular para la edificación de un mundo nuevo, mundo mejor.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.